

GASPAR, ENRIQUE (1842 –1902)

¡POBRES MUJERES!

PERSONAJES

ENRIQUETA
DOÑA JOSEFA HIJOSA.
DOÑA ESCOLÁSTICA
DOÑA BALBINA VALVERDE.
ARTURO
DON MANUEL OSSORIO.

La acción, del día.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una sala baja de recibo en la fonda de París de Cádiz, Puertas laterales y otra en el foro, que deja ver un patio al estilo de Andalucía con fuente en el centro, macetas con flores, pedestales con jarrones y estatuas y demás accesorios. Junto a una silla cerca de la primera puerta izquierda se verán un saco de noche, un cabá y algunas cajas de viaje que se ocupa en arreglar DOÑA ESCOLÁSTICA.

Escena I

ENRIQUETA y DOÑA ESCOLÁSTICA. Aquella tiene en la mano un ramo de violetas, y se ocupa en leer un libro, sentada en una butaca junto a un velador, sobre el que está su pamaela de viaje.

DOÑA ESCOLÁSTICA
Ya están todos estos bártulos
corrientes, gracias a Dios,
y el equipaje también
facturado en la estación.
¿Conque esta tarde es la marcha?

ENRIQUETA
Sí, Escolástica.

DOÑA ESCOLÁSTICA
¡Oh, dolor!

ENRIQUETA
¿Lo sientes?

DOÑA ESCOLÁSTICA
¡Ay! ¡sí lo siento!
pero mucho.

ENRIQUETA
Pues yo no.
Sí, Escolástica; esta fonda
sin querer me inspira horror.
Me cansa Cádiz, me aburre;
no encuentro aquí distracción:
todo es monótono, triste.
Cuanto miro en derredor
se aparece ante mis ojos
cubierto con un crespón.

DOÑA ESCOLÁSTICA
Porque usted juzga las cosas
obedeciendo a otra voz,
y no las miran sus ojos,
sino los del corazón.

ENRIQUETA
Tal vez...

DOÑA ESCOLÁSTICA
Sí; por mi desgracia
ya ha tiempo que formo yo
parte integrante del número
de los estorbos.

ENRIQUETA
Por Dios...

DOÑA ESCOLÁSTICA
Quiero decir, que soy vieja,
y que ya en la edad estoy
en que la experiencia suple
la falta de corazón.
No es Cádiz el que motiva,

señora, ese mal humor,
sino que a Cádiz le falta
lo que a Valencia sobró.

ENRIQUETA
¡Escolástica!

DOÑA ESCOLÁSTICA
Ese libro
que usted lee con tal fervor,
para mí es más elocuente
que el famoso Cicerón.

ENRIQUETA
Pues bien, sí, por qué negarte...

DOÑA ESCOLÁSTICA
¡Si es muy natural, por Dios!
Hace ya más de dos años
que mi buen amo murió.

Joven, rica, viuda, guapa,
¿qué mucho que el corazón,
que no vive si en su fondo
no resuena alguna voz,
al dar salida a una pena
le de entrada a una pasión?

ENRIQUETA
Pues bien, oye: a mi buena aya
no debo engañarla, no.
Algún pecado muy gordo
purgar quiso hacerme Dios,
cuando al pensar en los baños
por Valencia me inclinó.
Cuando a un ser impresionable
de sensible corazón,
y que embellece la vida
como la embellezco yo,
se le lleva a un paraíso
donde todo es seductor,
donde dan flores las piedras
y el mar se agita feroz,
donde hasta el cielo, en resumen,
por conspirar en su pro,
para hacerle más risueño

si llueve, llueve con sol,
y le agrega a estos encantos
a fin de herirle mejor
el apéndice de un joven,
que, aunque mudo, de él en pos
va arrojando por los ojos
pedazos del corazón,
¿qué ha de hacer una mujer?
¿Qué ha de hacer? Lo que hice yo:
ahogar del pecho el latido,
con un mentido tesón
sostener terribles luchas,
dormir mal, comer peor,
no querer verle y mirarle,
dar abrigo a una pasión;
y exclamar al fin vencida:
«Me he lucido: me pescó.»

DOÑA ESCOLÁSTICA
Pero ese joven jamás
le ha declarado su amor.

ENRIQUETA
Pues eso precisamente
motiva mi indignación.
Arturo... Se llama Arturo.

DOÑA ESCOLÁSTICA
Sí, sé el nombre del autor
de esos versos.

ENRIQUETA
Pues verás.
Yo con mucha discreción,
por medio de mis amigas,
al saber que era escritor,
conseguí al fin de sus obras
tener una colección.
¡Qué fluidez! ¡Qué poesía!
¡Qué belleza! ¡Qué vigor!
En fin, escucha un fragmento
que importa a mi narración.
«Una vida de dolor
(Leyendo en el libro.)
»la mujer viene a pasar.
»¿Por qué si el mundo traidor

»la deja tener amor,
»no se lo deja expresar?»

DOÑA ESCOLÁSTICA
Se conoce que ese joven
ha estudiado el corazón.

ENRIQUETA
Pues esa idea, Escolástica,
me pone de mal humor.
El autor de esa quintilla,
que es mi propia situación,
al observar en mis ojos
las señales del amor,
¿por qué no ha dicho: «Señora,
»esto y esto siento yo?
»Es usted bonita.» En fin
esas frases de cajón
que a una la sacan del paso
con decir que sí o que no.
Y no que al cerrar la boca
deja aquí en fuga veloz, (Al corazón.)
lo mismo que una tarjeta
fotografiado su amor;
y me indigna, me subleva,
porque al fin eso, por Dios,
sólo es propio de un rubito
de la nebulosa Albión.

DOÑA ESCOLÁSTICA
Lo malo es que usted le adora...

ENRIQUETA
En efecto, es lo peor.
Sí, Escolástica, le adoro...
pero me aguanto. ¡Es atroz!
Figúrate que él es tímido,
y que lanzándome yo
podríamos ser felices
entrambos: ¡pues no señor!
La sociedad no permite
que, sin echarse un borrón
ni faltar a mil tontunas,
que ya el uso sancionó,
la mujer, a quien por causa
de su organismo, el Señor

se dignó a imagen del hombre
dotarla de corazón,
pueda decirle a cualquiera
sin cubrirse de rubor:
«Me está usted gustando mucho.
»Si tan feliz fuera yo
»que un sí pudiera esperar...»
En fin, cualquier frase ad hoc,
de esas que aunque no decimos
las pensamos para nos,
haciéndonos ser hipócritas
con silencio tan feroz.
Hoy ya se nos considera
como animal de labor:
nos enseñan a leer
poco menos que por Dios,
niega a la mujer el hombre
su voto en cualquier cuestión,
tratando su inteligencia
del mismo modo... peor
que si su cabeza fuese
un puchero de Alorcón.
La clase está pereciendo
por carecer de valor.
¡Ay! ¡si en vez de las enaguas
vistiese yo el pantalón!

(Aparece ARTURO en el foro recorriendo el jardín.)

DOÑA ESCOLÁSTICA
Señorita, mire usted. (Viéndole.)

ENRIQUETA
¡Él! Escolástica, adiós.
Vete.

DOÑA ESCOLÁSTICA
Pero, señorita...

ENRIQUETA
Vete... ¿Está bien esta flor?
(Por la del peinado.)

DOÑA ESCOLÁSTICA
Sí, señora.

ENRIQUETA
¿Y este traje?

DOÑA ESCOLÁSTICA
¡Admirable!

ENRIQUETA
Pues adiós.

DOÑA ESCOLÁSTICA
No se deje usted llevar
de aquellos instintos...

ENRIQUETA
No.
Ve tranquila. Por desgracia
me acuerdo de lo que soy.

(Vase DOÑA ESCOLÁSTICA.)

A luchar. Con coquetismo
adoptaré en el sillón
una postura académica.
Me gusto. Aquí está. ¡Valor!

(Se sienta coquetamente en la butaca leyendo el tomo de poesías y teniendo el ramo negligentemente sobre la falda.)

Escena II

ENRIQUETA y ARTURO.

ARTURO
(Llego a tiempo. Aún es temprano.)
(Mirando el reloj.)

ENRIQUETA
(Cuando me sigue me adora.)

ARTURO
A los pies de usted, señora.

ENRIQUETA
(Ya habló.) Beso a usted la mano.

ARTURO

Pues ningún quehacer le asedia
que a este en importancia iguale,
y una vez que el tren no sale
hasta dentro de hora y media,
como de encontrar me encargo
mi disculpa en su bondad,
me tomo la libertad
de sentarme. -Seré largo.

ENRIQUETA

(¡Qué original! ¡Qué gracioso!
¡Esto que en cualquiera infiero
me pareciera grosero,
lo encuentro en él delicioso!...)

ARTURO

Expondré como ofrecí
mi comisión sin demora.
Usted hace tiempo, señora,
que no piensa más que en mí.

ENRIQUETA

¿Qué!

ARTURO

Le advierto a usted si estalla,
que aunque miro y oigo y callo,
mientras formulo mi fallo
si doy mi fallo, no falla.

ENRIQUETA

Tal pretensión, don Arturo,
presunción viene arguyendo.

ARTURO

No, señora; no me vendo
por un Adonis, lo juro;

y el parecer que emití,
siendo exacto y sin jactancia,
solo arguye extravagancia
de usted al fijarse en mí.

ENRIQUETA

¡Qué lisonjas! -¡No me asusto!

ARTURO

Lo dije por evitar
el rubor de confesar
que tiene usted muy buen gusto.

ENRIQUETA

(Si mi amor propio sublevas...
Y tiene un tacto exquisito.)

ARTURO

Debo advertir que el delito
siempre le inculpo con pruebas.

ENRIQUETA

¡Cómo! ¿Una prueba?

ARTURO

No, más.

ENRIQUETA

Arturo, hable usted por Dios.

ARTURO

Pruebas plenas tengo dos.

ENRIQUETA

Suprima usted las demás.

ARTURO

Partiendo usted de Sevilla
y yo dejando a Vizcaya,
dimos con la misma playa
para ahogarnos en la orilla.
De amor al primer compás
nos prosternarnos de hinojos;
movimos mucho los ojos,
pero la lengua jamás.
Y no obstante, y no es capricho,
sabe usted el nombre del hombre:
luego si usted sabe el nombre
es porque alguien se lo ha dicho.
Y siendo un nombre ignorado,
más a sospechar me ayuda

que se lo han dicho sin duda,
porque usted lo ha preguntado.
Y aunque de tacharme acaba
de presuntuoso, diré
que lo ha preguntado usted
porque a usted le interesaba.

ENRIQUETA

Esa prueba necesita
mi inmediata impugnación;
y es que la suposición
me parece gratuita.
Pregunté el nombre en verdad,
lejos de por ansia viva,
cuando no por compasiva
por mera curiosidad.

ARTURO

La base en que usted la funda
destruyo, si usted tolera
que a su impugnación primera
siga mi prueba segunda.
Algo venático y loco
di impulso a mi mente inquieta,
pues de músico y poeta
todos tenemos un poco.
Varios versos escribí
que en colección publiqué,
y aunque de ellos me ocupé
nadie se ocupó de mí.
Si bien instintos perversos
llevan al hombre al abismo,
me convenció aquel mutismo
de que eran malos mis versos.
Lo son. Nadie su lectura
tomar se atreve a su cargo:
lo sabe usted, y sin embargo
la colección se procura.
Y ese afán es lo de menos:
lo crítico es por la traza,
que el público los rechaza
y a usted le parecen buenos.
Y a decir me atreveré
que mi libro la enamora,
cuando ha tres meses, señora,
que no se aparta de usted.

Luego, si es cierto el clamor
que los tilda de perversos,
si a usted le gustan mis versos
es que le gusta el autor.

ENRIQUETA

Pues insisto con más fe
en el juicio que antes hice.

ARTURO

No, señora; eso lo dice,
pero no lo siente usted.
Aunque parezca inconexo,
por vía de digresión,
diré que en esta ocasión
reniega usted de su sexo.
Pues al iniciar sin bochorno
no le deja una pasión,
la mujer el corazón
sólo le tiene de adorno.

ENRIQUETA

Juzgaré que usted delira
si su conducta contemplo.
(¡Que a una verdad como un templo
conteste yo que es mentira!)

ARTURO

Ahora usted sobre un abismo
se dice: «¿Me ama el señor?
»pues voy a aumentar su amor
»por medio del coquetismo.»
Pero antes le haré saber
mi sistema, aunque le asombre.

ENRIQUETA

(Este hombre, antes de ser hombre,
debe haber sido mujer.)

ARTURO

Ni profundo ni ligero,
pero hombre a quien nada acosa,
al ir a hacer una cosa
lo pienso mucho primero.
Por eso, aunque amor sentía,
puse entre los dos un muro,

hasta que estuve seguro
de que usted me convenía.
Por supuesto no aludí
al interés material.
La conveniencia moral
es lo que se trata aquí.
Vi que usted amor atesora,
que algo sublime nos liga,
y he venido a que me diga
que usted me quiere, señora.

ENRIQUETA

Arturo, esa pretensión,
conociendo a la mujer,
más que cariño, a mi ver
revela mala intención.

ARTURO

Ha tiempo me prometí,
harto por mi mala estrella,
de declararme yo a ella,
que ella se declare a mí.

ENRIQUETA

La predicción tiene pase;
pero ya tanto rigor...

ARTURO

Voy a evitarla el rubor
de que pronuncie la frase.
Acciones hay tan discretas...

ENRIQUETA

(Ya se ha metido en la red.)

ARTURO

En vez de un sí, déme usted
ese ramo de violetas.

ENRIQUETA

Para que sirva una flor
de emblema de amor, infiero
que al ir a darla, primero
se ha de ver si existe amor.

ARTURO

Le advierto, por si lo ignora,
que yo cuando insisto, insisto;
pero si una vez desisto,
no hay quien me mueva, señora.

ENRIQUETA

(¡Me asusta!... ¡Con tal que insista!
Vendrá a la voz del reclamo.)

ARTURO

¿No me da usted ese ramo?

ENRIQUETA

(¡Bien quisiera!) ¡Qué bromista!

ARTURO

¡Me es muy sensible! (Levantándose.)

ENRIQUETA

(¡Yo muero!)

ARTURO

Pues mi ruego nada alcanza...
(Dispuesto a salir.)

ENRIQUETA

(Va a llevarse mi esperanza.)
Tome usted. (¡Ay!)

ARTURO

(Volviendo.) ¿Qué?

ENRIQUETA

El sombrero.

(Cogiendo maquinalmente su pabela para cohonestar su atolondramiento.)

ARTURO

(Presentando el suyo.)
Le tengo aquí. (Ya se azora.)

ENRIQUETA

Dispense usted... (¡Qué tirano!...)
(Se va.) Beso a usted la mano.

ARTURO

A los pies de usted... señora.

(Vase ARTURO.)

Escena III

ENRIQUETA.

Se marcha y tras él te vas,
porque lo siento, está claro.
Por lo mismo que es tan raro
me ha gustado mucho más.
Todo a su genio se doma:
ese es el sueño que abrigo.
Si insiste un poco le digo:
«¿Qué quieres? ¿el ramo? Toma.»
Pero mi amor no promulgo
sin que el deber me lo mande.
¡Ay! ¡qué desgracia tan grande
es no haber nacido vulgo!
Si al par que el genio, señores,
pudiera el cuerpo crecer,
yo hubiera llegado a ser
un cabo de gastadores.

Escena IV

ENRIQUETA, DOÑA ESCOLÁSTICA.

DOÑA ESCOLÁSTICA

¿Se marchó?

ENRIQUETA

Ven, Escolástica.
Necesito de tu amparo.
Yo soy viuda, y como tal
la experiencia me ha enseñado
muchas cosas que ignoraba
cuando soltera.

DOÑA ESCOLÁSTICA

Está claro.

ENRIQUETA

Pues, no señora; está turbio.

DOÑA ESCOLÁSTICA

Pues entonces me retracto.

ENRIQUETA

Yo siento amor por un joven
que es digno de ser amado.
Por un joven que hace versos,
y que no es vulgo, y que es guapo;
y que hace un instante aquí
su pasión me ha declarado.
¿Qué harías tú en mi lugar
con mi cara y con mis años?

DOÑA ESCOLÁSTICA

Si hay ya mutua inteligencia,
y ese amor no es fuego fatuo,
y ha roto al fin el silencio,
y se han entendido entrambos,
la cura estriba en el cura.

ENRIQUETA

Entonces le doy el ramo.

DOÑA ESCOLÁSTICA

¿Qué?

ENRIQUETA

No obstante, meditemos
antes de dar este paso.
A pesar de que ese joven
su amor haya declarado,
y de que yo por mi parte
le prodigue mis aplausos,
por dignidad, por decoro
me pareció lo más llano,
no acceder a su demanda
de un modo explícito y claro.
Puse en planta un ten con ten
sin dar rienda al entusiasmo,
por aquello de que al hombre
se le debe ocultar algo.

DOÑA ESCOLÁSTICA

Muy bien hecho, si señor.

ENRIQUETA

Pues ya no le doy el ramo.

DOÑA ESCOLÁSTICA

(¿Otra vez?)

ENRIQUETA

Yo reconozco

la razón; mas sin embargo,
si ese joven participa
de un temperamento extraño
y de un carácter excéntrico,
y al ver su amor postergado
toma el sombrero y se va
destruyendo mis encantos,
y la más grata ilusión
de mi vida marchitando,
¿qué debo hacer, Escolástica?

DOÑA ESCOLÁSTICA

Señorita, en ese caso
se apela a un recurso extremo,
y al fin se canta de plano.

ENRIQUETA

¿Tú opinas?

DOÑA ESCOLÁSTICA

Oh, sí, señora.

ENRIQUETA

Yo he debido darle el ramo.

DOÑA ESCOLÁSTICA

(Vaya, siga la canción.)

ENRIQUETA

Pero es fuerza ser de mármol
para desistir así
de un amor tan acendrado.
Además, que el coquetismo
influye siempre en el ánimo
de los hombres, y es muy fácil
operar en él un cambio.

¿No es verdad? ¿Quién la resiste
cuando la voz escuchando
del amor, mujer y amante
quiere lucir sus encantos?

DOÑA ESCOLÁSTICA
(¡Si la entiendo que me emplumen!)

ENRIQUETA
Puse todo mi conato.
Él es hombre, volverá,
y entonces...

DOÑA ESCOLÁSTICA
¿Le da usted el ramo?

ENRIQUETA
No sé: me encuentro indecisa:
fuerza será meditarlo.
Vamos dentro, y me pondrás
otra flor en el peinado.
Por si viene, necesito
gustarle mucho. Ven.

DOÑA ESCOLÁSTICA
Vamos.

ENRIQUETA
Espera.

DOÑA ESCOLÁSTICA
¿Qué quiere usted?

ENRIQUETA
Que se me olvidaba el ramo.

(Coge el ramito del velador y vanse.)

Escena V

ARTURO.

No está aquí, pero me espera.
¡Qué mujer! ¡Es un hallazgo!

(Ha entrado con guantes puestos.)

La verdad es que a ser otra
salgo de aquí trasquilado.
Mi pretensión es absurda...
pero es tan amable... ¡vamos!
confieso al fin que la estoy
estúpidamente amando.
Como yo soy tan excéntrico
con Enriqueta, me encargo
de estudiar de una pasión
femenil, todos los grados
Aquel rubor me enajena;
ver cómo lucha en contacto
con su amor, su coquetismo,
mi pretensión, su recato.

(Se quita un guante, que deja sobre el velador.)

Aquí está. ¡Pobres mujeres!
Las compadezco y las amo.

Escena VI

ARTURO y ENRIQUETA, con el ramo.

ENRIQUETA
(Aquí está. Mi corazón

no me engañaba el pensar
que vendría.)

ARTURO
(¡A su pesar
se la nota la emoción!)

ENRIQUETA
(Parece que huye de mí.)

ARTURO
(Fingiré cierto desvío.)

ENRIQUETA
(¡Jesús, qué calma, Dios mío!)

ARTURO

(Ya se acerca: ya está aquí.)

ENRIQUETA

Arturo, ¿tendría usted
la bondad de darme hora?

ARTURO

Las tres y media, señora.

ENRIQUETA

Muchas gracias.

ARTURO

No hay de qué.

ENRIQUETA

Aún es temprano.

ARTURO

(Vacila.)

ENRIQUETA

Yo creo que tiempo habrá...

ARTURO

Señora, usted lo sabrá.

ENRIQUETA

(Se escurre como una anguila.)

¿Le gustaré con la dalia?)

¿Viaja usted?

ARTURO

(Busca un ardid.)

Pienso marchar a Madrid
y desde Madrid a Italia.
Volver a Suiza, a Ginebra,
y ver si en el clima aquel
cambio de instinto.

ENRIQUETA

(Y de piel,
lo mismo que una culebra.)

ARTURO

Necesito la emoción
de ir con la vida en un tris
recorriendo el Mont-Cenis
y visitando el Simplón.
Ser de una avalancha presa.

ENRIQUETA

Me gustan las impresiones;
pero para ver simplones
no hay que ir allá. (¡Chúpate esa!

ARTURO

Ante todo pienso ver
si en la corte tomo estado,
porque es mi sueño dorado
viajar con una mujer,
viendo al cruzar novelesco
mil contrastes diferentes,
más bellos sus accidentes
y todo más pintoresco.
Subir el Rhin y el Danubio,
y al fuego de mi pasión,
parodia del corazón
considerar el Vesubio.
Y en alas de la fortuna
de la noche en el capuz,
jurarse amor a la luz
de melancólica luna,
que trémula se retrata
sobre límpido cristal
que circunda un florestal
como una cinta de plata.
Seguir el curso del gamo,
ver la alondra peregrina...

ENRIQUETA

(¡Ay, qué cosa tan divina!
¡Señor que me pida el ramo!)
¿Tiene usted hecha elección?

ARTURO

Como soy tan especial,
si una vez me sale mal
no repito la lección.

ENRIQUETA
(Quiere sacarme de quicio.)
Pronto usted desesperanza.

ARTURO
No; me queda la esperanza
de una chica del Hospicio.

ENRIQUETA
¿Y es usted capaz?...

ARTURO
Sí a fe.
Las almas justo es que iguale.
¡Qué! ¿Una hospiciana no vale
tanto al menos como usted?
En esa no hay fingimiento;
lo que siente, aquello explica,
y si me quiere, la chica
me dice que sí al momento.

ENRIQUETA
(Se me va si no le llamo.)
¡Ay!

ARTURO
¡Suspiros!

ENRIQUETA
Sí, señor.
Es que miro con dolor
que se marchita este ramo.
Y le quiero, es singular.

ARTURO
(Ya lo colijo.)

ENRIQUETA
(No hay modo.)

ARTURO
Sí; porque a pesar de todo
no le quiere usted soltar.

ENRIQUETA
Es que mi cariño... pues...

simboliza la... yo... Arturo...
(No me ha puesto en mal apuro...
Todo lo entiende al revés.
Ay, sus miradas me asustan.)

ARTURO
(¡Que pene!)

ENRIQUETA
(¡Todos traidores!)
¿Le gustan a usted las flores?

ARTURO
No, señora, no me gustan.

ENRIQUETA
¡Como ha poco pidió usted!...

ARTURO
¿Flores? nunca.

ENRIQUETA
Sí.

ARTURO
No.

ENRIQUETA
Sí.

ARTURO
No tal: yo sólo pedí
una profesión de fe.
Perdí, quedé sin desquite.

ENRIQUETA
Pero...

ARTURO
Ya ve usted, no insisto.

ENRIQUETA
(¡Pues, señor, bien, por lo visto
quiere que le solicite!)

ARTURO

Fuera insistencia mal quista,
y aunque mi pecho destroce...

ENRIQUETA

(Pero este hombre no conoce
que lo que quiero es que insista.)

ARTURO

Me retiro.

ENRIQUETA

¿Se va usted?

(Coquetismo, sé en mi ayuda.)

(Deja caer el ramo.)

¡Ay! ¡el ramo! (¡Ahora sin duda
se lo guarda!)

ARTURO

No hay de qué.

(Presentándola el ramo.)

ENRIQUETA

¿Como?

ARTURO

(¡Qué sagacidad!)

No, nada... he creído oír...

ENRIQUETA

Se me cayó sin sentir...

ARTURO

¡Jesús!... ¡Qué casualidad!

Tome usted.

(Dándola un ramo.)

ENRIQUETA

No; para qué:

si ya perfume no exhala.

ARTURO

¿Es que usted me le regala
porque no le quiere usted?

ENRIQUETA

(Me acometen mil sudores.)
Por respetar su capricho.

ARTURO

No, señora; si ya he dicho
que no me gustan las flores.

ENRIQUETA

(Jesús, qué hombre tan diabólico.)
Pero, si...

ARTURO

(Mi dicha labra.)
No quiero entender palabra
de ese lenguaje simbólico.
Porque aunque yo de antemano
vi ya la intención del hecho,
no me deja satisfecho
si no se me da en la mano.

ENRIQUETA

(¡Vamos, parece mentira!)

ARTURO

Tome usted, que el pobre espera.

ENRIQUETA

¿Y si yo no le quisiera?

ARTURO

Le toma usted y le tira.

(Le deja caer el ramo y se va.)

Escena VII

ENRIQUETA, reconcentrándose un momento y desahogando su coraje a gritos.

¡Oh! ¡Traidor, hombre sin fe,
verdugo, infame, asesino

del corazón femenino!...

¡Coqueto! Me desahogué.

(Dejándose caer en la butaca y tirando el ramo sobre el velador.)

Escena VIII

ENRIQUETA, DOÑA ESCOLÁSTICA.

DOÑA ESCOLÁSTICA

¡Qué voces! ¿Qué es lo que pasa?...

ENRIQUETA

¡Escolástica, que trino,
que me acaban de poner
hace poco un sinapismo!...
Más bien una banderilla
de aquellas de los novillos;
y el diestro escurriendo el bulto
logró tomar el olivo,
y sola en el redondel
me estoy desfogando a gritos.

DOÑA ESCOLÁSTICA

¡Señora!

ENRIQUETA

Calla, Escolástica,
calla, que tú no lo has visto.
Puse en juego todo el arte.

DOÑA ESCOLÁSTICA

¿Del toreo?

ENRIQUETA

¡No me río!
Todos aquellos recursos
que nos marca el coquetismo:
pero ese joven sin duda
pretende jugar conmigo.
Quiere que yo le conquiste,
que haga abstracción de mi instinto.,
y empiece a echarle piropos.

No sabe que aunque milito
en las filas de ese sexo
desgraciado, deprimido,
a quien el mundo por armas
de la aguja y el hornillo,
y le condena a ponerse
por la cabeza el vestido,
tengo tesón, tengo fibra,
y probaré lo que digo.
Que aunque soy del sexo débil
por un lapsus del destino,
y me ve que abulto menos
que un ochavo de cominos,
no tolero a ningún hombre,
que en su fuerza prevalido,
quiera hacerme la forzosa
cuando con la paz le brindo,
por más que aquel hombre tenga
más barbas que un capuchino.
Ve al cuarto y dispón las cosas,
que nos vamos ahora mismo.

DOÑA ESCOLÁSTICA
Señora, cálmese usted.

ENRIQUETA
Con harta razón me indigno.
Verás lo que es mi desgracia.
¿A que hoy que lo necesito
no se descarrila el tren,
ni hay un mal choque?

DOÑA ESCOLÁSTICA
¡Dios mío!
Vaya un antojo, ¡señora!

ENRIQUETA
Antojo, no; di, capricho.
Sí; ¿qué quieres, Escolástica?
Lo confieso a pesar mío.
No sé... sin querer le quiero,
me ofende y su ofensa admiro.
Pero al recordar su audacia,
vuelvo a adquirir nuevos bríos,
y estoy por tirar el ramo.

DOÑA ESCOLÁSTICA
(¡Vuelta otra vez al ramito!)
Señora, tírele usted,
y acabemos.

ENRIQUETA
No le tiro. (Cogiéndolo.)
Aún alimento esperanzas.
Vete y haz lo que te he dicho.

(Vase ESCOLÁSTICA, y ENRIQUETA se ocupa en ponerse la pamea.)

Escena IX

ENRIQUETA, ARTURO.

ARTURO
A los pies de usted, señora.

ENRIQUETA
(¿Aquí otra vez? ¡Qué descaró!)

ARTURO
(¡Qué linda está!)

ENRIQUETA
Caballero...
dispéñseme usted si extraño
que a mi vista se presente
después de lo que ha pasado.

ARTURO
Señora, yo he vuelto aquí
porque he perdido una mano.
Digo... un guante: y francamente
me duele quedarme manco.
No obstante, si soy molesto,
no insisto más y me marchó.

ENRIQUETA
(Y lo hará como lo dice.)
Un instante, hablemos claros.
Usted no podrá por menos
de confesar que ha faltado.

ARTURO

Si usted el pecado no indica
no me es fácil confesarlo.
¿Cómo he de fijarme en uno,
señora, si tengo tantos?

ENRIQUETA

Me refiero al brusco ataque
que hace poco me ha lanzado.

ARTURO

Respecto a mi petición
juzgo todo lo contrario.

ENRIQUETA

Fue usted poco comedido.

ARTURO

En cambio pequé de claro.

ENRIQUETA

Fue violenta su demanda.

ARTURO

También su desden fue largo.

ENRIQUETA

Castigué su atrevimiento.

ARTURO

Vine en su amor escudado.

ENRIQUETA

Pero el pudor tiene leyes.

ARTURO

Que de usurparle no trato.

ENRIQUETA

Sí, tal; lo prueban sus hechos.

ARTURO

Sólo prueban que fui franco.

ENRIQUETA

No convengo.

ARTURO
Yo lo afirmo.

ENRIQUETA
Faltó usted.

ARTURO
Yo nunca faltó.

ENRIQUETA

Su demanda...

ARTURO
Fue muy justa.

ENRIQUETA
Mi respuesta...

ARTURO
Es lo que aguardo.

ENRIQUETA
Ya la di.

ARTURO
Fue poco explícita.

ENRIQUETA
¿Qué he de hacer?

ARTURO
Hablar más claro.

ENRIQUETA
Su exigencia...

ARTURO
Es natural.

ENRIQUETA
Soy mujer.

ARTURO
¿Por qué dudarlo?

ENRIQUETA

¿Y usted ama?

ARTURO
Sí, señora.

ENRIQUETA
Pues me ofende.

ARTURO
No es exacto.

ENRIQUETA
Su desdén...

ARTURO
Hijo es del suyo.

ENRIQUETA
Me defiendo.

ARTURO
Yo combato.

ENRIQUETA
Niegue usted...

ARTURO
Y usted afirme...

ENRIQUETA
¿Qué he de afirmar?

ARTURO
Lo contrario.

ENRIQUETA
Yo confieso...

ARTURO
¿Que es coqueta?

ENRIQUETA
Nunca.

ARTURO
Sí.

ENRIQUETA
Que usted es ingrato.

ARTURO
No es verdad.

ENRIQUETA
Tampoco aquello.

ARTURO
Ya lo sé.

ENRIQUETA
Nos calumniamos.

ARTURO
Mas no cedo.

ENRIQUETA
Yo tampoco.

ARTURO
Mas no obstante...

ENRIQUETA
Sin embargo...

ARTURO
Si esto dura...

ENRIQUETA
Se hace eterno.

ARTURO
Transijamos.

ENRIQUETA
¡Transijamos!

Escena X

DICHOS, DOÑA ESCOLÁSTICA.

DOÑA ESCOLÁSTICA
Señorita, no tenemos
tiempo que perder. (¡Ah, vamos!)

ARTURO
(¡Contratiempo más fatal!)

ENRIQUETA
Lo siento, Arturo; me marcho.

ARTURO
Señora, ¿y la transacción?

ENRIQUETA
Olvide usted lo pasado.

(Tal vez así se decida.)

ARTURO
(Y el tiempo me está apremiando.
Yo no quisiera ceder:
pero se resiste tanto...)

ENRIQUETA
(¡Y no dice una palabra!)
Vete trayendo esos bártulos.

(ESCOLÁSTICA toma los enseres que hay sobre la silla, que deberán ser bastantes, y se los reparten entre ella y su ama.)

ARTURO
(¡Qué resistencia!)

ENRIQUETA
(¡Qué lucha!)
Me han hecho tantos encargos...

(Acomodándose las cajas, etc.)

DOÑA ESCOLÁSTICA
Que se va a marchar el tren.

ARTURO
(Yo me decido.)

ENRIQUETA

(Me lanzo.)
¡Ay! con las cajas estoy
las flores estropeando.
(Con mucha intención.)

DOÑA ESCOLÁSTICA
Señorita...

ENRIQUETA
Espera un poco
que me acomode este saco.

ARTURO
(¡Y se va!)

ENRIQUETA
(¿Y he de dejarle?)

(Arreglando el saco de noche.)

ARTURO
Traiga usted; yo estoy más práctico.

(Queriendo ayudarla.)

ENRIQUETA
¡Tal molestia!... No consiento...
Si yo puedo...

DOÑA ESCOLÁSTICA
Andando, andando.

ENRIQUETA
Con las flores no es posible...

(Con más intención y algo de despecho.)

ARTURO
Ciertamente.
(Con frialdad.)

ENRIQUETA
(¡Qué hombre!) ¡Vamos!
¿Quiere usted hacerme el favor...
(Presentándole el ramo con coquetismo.)
de sostenerme este ramo?

ARTURO
¡Enriqueta!
(La toma la mano.)

ENRIQUETA
(Dejando caer las cajas con estrépito.)
¡Ay! a Dios gracias
ya nos hemos explicado.

ENRIQUETA
(Entonces, esto me huele
a que ya no nos marchamos.)

ARTURO
Perdóname.

ENRIQUETA
Te perdono,
porque vas bien castigado.
Explotando la vía
de tus amores,
me has causado hasta el día
mil sinsabores.
Mi fe resbala
por llevarme en tercera
y en tren de escala.
Mas yo que amor abrigo
grande, profundo,
que pienso dar contigo
la vuelta al mundo,
este trayecto
quiero hacerle en primera
y en tren directo.

FIN